

## RIMAS

## I

En el libro lujoso se advierten  
 las rimas triunfales,  
 bizantinos mosaicos, pulidos  
 y raros esmaltes;  
 fino estuche de artísticas joyas,  
 ideas brillantes;  
 los vocablos unidos á modo  
 de ricos collares,  
 las ideas formando en el ritmo  
 sus bellos engarces,  
 y los versos como hilos de oro  
 do irisadas tiemblan  
 perlas orientales.  
 ¡Y mirad! En las mil filigranas  
 hallaréis alfileres punzantes;  
 y en la pedrería  
 trémulas facetas  
 de color de sangre.

## VI

Hay un verde laurel. En sus ramas  
 un enjambre de pájaros duerme  
 en mudo reposo  
 sin que el beso del sol los despierte.

Hay un verde laurel. En sus ramas  
 que el terral melancólico mueve,  
 se advierte una lira  
 sin que nadie esa lira descuelgue.

¡Quién pudiera al influjo sagrado  
 de un soplo celeste,  
 despertar en el árbol florido  
 las rimas que duermen!

¡Y flotando en la luz el espíritu  
 mientras arde en la sangre la fiebre,  
 como «un himno gigante y extraño»  
 arrancar á la lira de Becquer!

## IX

Tenía una cifra  
tu blanco pañuelo,  
roja cifra de un nombre que no era  
el tuyo, mi dueño.

La fina batista  
crujía en tus dedos.  
— ¡Qué bien luce en la albura la sangre!...  
te dije riendo.

Te pusiste pálida,  
me tuviste miedo...  
¿Qué miraste? ¿Conoces, acaso,  
la risa de Otelo?

Santiago de Chile.

RUBEN DARÍO.

---

 INVIERNO
 

---

Las hojas han caído;  
las angulosas ramas se bifurcan  
entre el pálido azul del horizonte,  
y sólo queda, del amor, el nido  
en la desnuda soledad del monte.

Es que del verde inquieto  
faltó el dosel á las vibrantes alas  
de rubor y pasión estremecidas,  
y el amor es un tímido secreto  
que se cuenta en penumbras escondidas.

Las gotas del rocío  
destilan como lágrimas, mojando  
del árbol mustio la alfombrada planta,  
olvidadas del sol, pálido y frío,  
que arrebujaado en nieblas se levanta.

Y al viento se abandona,  
urna de amor, entre el ramaje helado,  
el nido melancólico y desierto;  
es la eterna esperanza: es la corona  
que en brazos de la cruz guarda su muerto.

1888.

MARTÍN CORONADO.